



EGAÑA GOYA, Miren. 500 años de presencia vasca en el Atlántico Norte. Donostia/San Sebastián: Aranzadi Etnografía Bilduma, 02. Aranzadi Zientzia Elkarte, 2021, 181 p., fotografías, ilustraciones, mapas, índice, bibliografía, apéndices. ISBN: 978-84-17713-45-4.

Contamos con un pormenorizado estudio histórico sobre la presencia vasca en el Atlántico Norte, realizado por la profesora Miren Egaña Goya (Donostia, 1946), destacada etnógrafa, especialista en los campos lingüístico y toponímico. Desde esta última orientación nos ofrece un análisis preciso y detallado de los términos con los que los navegantes vascos fueron señalando los lugares a los que llegaron llevados por la caza de la ballena, la pesca del bacalao y otras actividades de carácter comercial con los amerindios. En esta línea incluso evidencia la naturaleza, el medio ambiente, las condiciones de vida, las técnicas, y el mismo encuentro con las poblaciones autóctonas, donde el idioma para esta investigadora merece una atención especial. Es así como “numerosos testimonios

dan cuenta de que vascos y amerindios se comunicaban en una lengua mezclada con el euskera” (p. 81).

Además del prefacio escrito por el antropólogo Fermín Leizaola Calvo, el prólogo, la bibliografía y otras partes complementarias (siglas utilizadas y apéndices), el libro se divide en siete secciones temáticas. La primera dedicada a la llegada de los vascos a Terranova, la cual se complementa con la siguiente en la que la autora se hace eco de las primeras noticias al respecto. Estas nos conducen hasta E. Cleirac (1647), abogado del parlamento de Bordeaux y especialista en Derecho marítimo quien remite la presencia vasca en *Tere neufve* al año 1392, fecha que siguiendo otras fuentes incluso se remontaría a 1372. La tercera parte se centra en los derroteros vascos, base fundamental para el estudio de la toponimia, desarrollado a continuación.

Miren Egaña Goya centra uno de los puntos de partida para su investigación en los derroteros o libros de navegación, autoría de capitanes y geógrafos vascos conocidos hasta la fecha. Estos fueron escritos entre los siglos XVI y XVII por Martín de Hoyarsabal (“primer derrotero-piloto de Terranova”, publicado en Burdeos en 1579), Andrés de Poza Yarza, conocido como Licenciado Poza (Publicado en Bilbao en 1585; su segunda edición en Donostia en 1675, “primer libro que se imprimió en la provincia de Gipuzkoa”) y Piarres Detcheverry (“primer libro técnico escrito en euskera”, publicado en Baiona en 1677). El primero de estos autores, junto a su hermano, se dedicaría entre otras cosas al “comercio del bacalao” en Terranova, al comienzo de cuya obra el impresor indica que “*l’auteur de ce livre n’est nullement français; mais est Basque des frontières d’Espagne*”, habitante de *Çubiburu* (Ziburu) en Iparralde, como remarca la autora. Salvo Licenciado Poza, los otros dos autores describen detalladamente parte de las costas canadienses.

Llegamos a la cuarta parte desarrollada por Miren Egaña Goya quien configura, documentalmente y en base a trabajos especializados, la Escuela Vasca de Cartografía. Al respecto estudia y analiza los datos presentes en las obras de los referidos Hoyarsabal y Detcheverry añadiendo en su análisis, las informaciones contenidas en un conjunto de mapas realizados entre los siglos XVI y XVIII, en función de la similitud en cuanto a la línea de costa y la toponimia contenida. Es remarcable el amplio número de topónimos vascos o de origen vasco, cuyas voces son objeto de un pormenorizado análisis lingüístico. Volviendo sobre Detcheverry, la autora analiza dos cartas con “gran cantidad de topónimos vascos” realizados por él, donde consta el término ‘Canadá’: “dos mapas del río San Lorenzo, de su estuario de la isla de Terranova, así como del espacio que resulta entre ellos, llamado golfo de San Lorenzo” (p. 57). Co-

nocimientos por parte de Detcheverry bastante más amplios que llegan hasta “Acadia y los territorios adyacentes”.

En esta línea, Miren Egaña Goya refuerza y completa los datos que muestran la importancia y funciones de la Escuela Vasca de Cartografía. Esto supone un importante avance al respecto, en el que además de los derroteros de Hoyarsabal y Detcheverry, constan los dos mapas de este último (1677), una carta portulano de Rotis (1674), y otros tres mapas vascos anónimos. En total se trata de 12 elementos a los que se suman las aportaciones cartográficas de Godalles (1710), Chaviteau (1698), Courcelle (1676) y la carta realizada en Chez Iribarren de Saint-Jean-de-Luz (localidad esta donde existió una escuela de cartografía). El análisis realizado confirma un trabajo y una manera de hacer propiamente vasco, destinado a representar los lugares, puertos y caladeros frecuentados entre los siglos XVI y XVIII por los pescadores procedentes de Vasconia.

La siguiente sección, quinta de este valioso estudio, se detiene aún más ampliamente sobre la toponimia costera en ‘el Canadá’ (manera esta como nombraban quienes nos precedieron, asentados a principios del siglo XX primero en Québec y luego, las segundas generaciones, también en otras provincias del país. Es el caso de miembros de las familias, emparentadas entre sí, Ardanaz Imizcoz, Aristiarian Ayala y Oscoz Uriza, componentes de la minoría inmigrante procedente de este rincón de Europa... pero esta es otra historia de la presencia vasca en Canadá). Como indicábamos, Miren Egaña Goya amplía su análisis toponímico y lingüístico en esta quinta parte de su estudio, poniendo en valor aquellos relatos que “describen en detalle la naturaleza, el medio ambiente, las técnicas de pesca del bacalao y la caza de ballenas”, así como “el encuentro con las poblaciones indígenas” (p. 81).

Esta detallada publicación nos da cuenta minuciosamente de cada uno de esos lugares en los que hubo presencia vasca. Al respecto recorre punto a punto la geografía, indicándolos con la máxima precisión –en parte incluso visitados personalmente– ubicados en la costa este y sureste de Terranova, su costa oeste (de norte a sur) y su costa sur (de oeste a este); la costa sureste de Labrador; y el este de Canadá. En su conjunto, localiza, describe y detalla la significación de sesenta y cinco puntos concretos.

El estudio se cierra con dos últimas secciones. Una dedicada a Spitsbergen, Islandia, aguas del Atlántico Norte donde también se ha podido atestiguar la presencia vasca. En Spitsbergen, dejaron “al menos dos topónimos, uno en la costa oeste, *B. des Basques* y otro en un cabo situado al noroeste, *Biscainers hock*. Presencia confirmada igual que en Canadá, arqueológicamente por medio de prospecciones gracias a las cuales se ha llegado a localizar hornos, tejas y otros materiales que testimonian la presencia histórica de los vascos en estos lugares. Como colofón a su estudio la autora implementa la visión arqueológica e histórica en las dos últimas partes de su libro. Al respecto, entre otros detalla las duras condiciones a las que tuvieron que hacer frente los marineros vascos y describe aspectos relacionados con la muerte, testamentos y enterramientos sepulcrales.

Podemos concluir diciendo que tenemos ante nosotros una certera y remarcable muestra que nos permite conocer más a fondo la cultura e historia marítima vasca, ahora ampliada y completada. “La actividad marinera llevada a cabo por vascos de ambos lados del Bidasoa (...) supuso un adelanto importante en el desarrollo de la construcción naval, así como en las técnicas de caza de la ballena y de la pesca y manipulación del bacalao” (p. 144), cuestión enriquecida con un significativo estudio toponímico de carácter histórico y antropológico. El conocimiento de la actividad y presencia de los pescadores vascos, en este caso, es también conocer una parte muy importante de la historia de Canadá.

Juan Antonio Rubio-Ardanaz
Departamento de Psicología y Antropología
Universidad de Extremadura